



EN TIERRA DE NADIE

JOSÉ CUATRECASAS

las Ciencias Naturales y el exilio de 1939

José María López Sánchez

JOSÉ MARÍA LÓPEZ SÁNCHEZ

EN TIERRA DE NADIE

José Cuatrecasas
Las Ciencias Naturales y el exilio de 1939

EDICIONES DOCE CALLES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO I. LAS CIENCIAS NATURALES DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX EN ESPAÑA.....	19
El Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid.....	20
Ciencia, fe y <i>res pública</i>	27
Los desafíos a la política científica de la JAE y al liderazgo de Ignacio Bolívar.....	37
El Real Jardín Botánico de Madrid y la Universidad. Botánica española del primer tercio del siglo xx.....	45
Una promesa de la botánica española.....	50
CAPÍTULO II. PUNTO FINAL A LOS PROYECTOS DE MODERNIDAD....	67
Más plomo que plata. La guerra civil española.....	68
El Instituto Nacional de Ciencias Naturales en Valencia y el Museo Nacional de Ciencias Naturales en Madrid.....	72
El Instituto Nacional de Ciencias Naturales en Valencia y el Real Jardín Botánico en Madrid.....	80
Ciencia bajo palio. Las bases ideológicas de la depuración franquista...	87
La depuración del Museo Nacional de Ciencias Naturales.....	94
La depuración del Real Jardín Botánico de Madrid.....	106
El exilio científico e intelectual.....	111
José Cuatrecasas y el exilio del naturalismo español.....	121
CAPÍTULO III. UN NUEVO COMIENZO, UNA RECONSTRUCCIÓN IMPOSIBLE. EL NATURALISMO ESPAÑOL EXILIADO EN MÉXICO.....	137
México, tierra de acogida.....	137
Aclimatarse o «aclimorirse»: el naturalismo español en México.....	145
Líneas de continuidad y ruptura en la entomología del exilio en México...	149
Los biólogos marinos exiliados en México.....	194
Los trabajos botánicos del exilio en México.....	223
<i>Ciencia. Revista hispano-americana de Ciencias puras y aplicadas</i>	243

CAPÍTULO IV. MACONDO CIENTÍFICO. EL EXILIO DEL NATURALISMO ESPAÑOL REPUBLICANO EN COLOMBIA	255
La encrucijada colombiana	255
La culpa de haber sido vencidos: José Cuatrecasas y el exilio en Colombia	265
Botánica de otra naturaleza: José Cuatrecasas en Colombia y Estados Unidos	271
Los trabajos botánicos de José Cuatrecasas en América	299
José Royo Gómez y la geología de Colombia y Venezuela	313
Líneas de investigación en la geología y la paleontología de José Royo... México y Colombia para el naturalismo exiliado	329
337	337
 CAPÍTULO V. VENCEDORES Y VENCIDOS	 341
El lastre del exilio	345
El exilio intelectual y la construcción de un discurso liberal y demo- crático	352
Acción Republicana Española y la imposible unidad política del exilio... La reunión de la UPUEE en La Habana y la elaboración de un pro- grama político	356
367	367
El fracaso de la UPUEE y la emergencia de la Junta Española de Liberación	376
La ofensiva política del exilio republicano	385
El Ateneo Español de México	412
La discreta retirada política del exilio intelectual	417
Tener la razón es tener muy poca cosa	436
 CAPÍTULO VI. LA OFENSIVA CULTURAL DEL EXILIO CIENTÍFICO REPUBLICANO	 457
Denunciar el oprobio y fortalecer esperanzas de victoria en los años cuarenta	458
Significado y simbología de la revista <i>Ciencia</i>	465
El compromiso con la Modernidad. Memoria histórica de la Ciencia Moderna	468
Ciencia y el <i>ethos</i> cientificista. <i>In memoriam</i> del exilio	478
Las colaboraciones de científicos extranjeros	487
Hacer Ciencia es hacer Política	488
El hispanoamericanismo del exilio	493
Investigación científica y desarrollo tecnológico	499
 CAPÍTULO VII. DE LA ESPAÑA QUE PUDO SER...	 509
La posguerra universitaria en las cátedras de Ciencias Naturales y su impacto en el exilio	510
A quien quiera escuchar. Debates científicos: la genética, la teoría sintética de la evolución y el naturalismo exiliado	536

Cambiar la estrategia. El discurso del exilio se ofrece al interior.....	553
Los Maestros del exilio.....	586
De la España que pudo ser. Los Maestros del interior.....	596
BIBLIOGRAFÍA.....	605
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TOPONÍMICO.....	645

INTRODUCCIÓN

Este libro es el punto de conexión de dos trabajos anteriores, *La lucha por la modernidad* y *Los refugios de la derrota*. En ellos, entre otras cosas, exploré el esperanzador rumbo que las ciencias naturales habían emprendido en España durante el primer tercio del siglo xx, gracias a la política científica de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, pero truncado por el estallido de la guerra civil. Los dos primeros capítulos reinciden en ello y tratan de poner al lector en situación de comprender el enorme impacto que tuvo el conflicto. El compromiso político, además de científico, por avanzar en la modernización del país empujó a un significativo porcentaje de las elites científicas e intelectuales, desde presupuestos liberales, a colaborar con los gobiernos republicanos antes y durante el conflicto. La derrota de 1939, precedida por los gravísimos episodios de represalias en la retaguardia, no auguraba ninguna seguridad personal ni jurídica para quienes hubiesen desempeñado puestos de responsabilidad en los gobiernos del Frente Popular. Tras el triunfo militar franquista se abrió un panorama lleno de incertidumbres para quienes habían permanecido fieles al Gobierno republicano. Los procesos de depuración y limpieza ideológica impuestos por la dictadura franquista demostraron a los exiliados que no se habían equivocado al buscar refugio fuera de España.

La base jurídica e intelectual de la represión universitaria y académica de posguerra tenía su origen en una ideología ultramontana que identificó a la Junta para Ampliación de Estudios y al espíritu que la alentaba con el origen de todos los males de la patria. Llegó la hora del ajuste de cuentas por parte de las nuevas autoridades del Ministerio de Educación Nacional. La aplicación de la «justicia» franquista se hizo con saña, sin importar el coste que ello podía tener para el país, desmontando escuelas y grupos de investigación, cercenando el crecimiento de instituciones científicas que habían alcanzado un alto grado de desarrollo o expulsando de la universidad

a maestros consagrados en las diferentes disciplinas. Desde el exilio se asistió con rabia, impotencia y resignación a los resultados producidos por la depuración ideológica de la universidad, la nueva provisión de las cátedras que habían quedado vacantes, la suplantación de autorías en publicaciones científicas y las tropelías cometidas contra las bibliotecas o las colecciones personales de flora y fauna de los naturalistas exiliados.

Aún así, como avancé en *Los refugios de la derrota*, las elites científicas fueron «privilegiadas» por contar con una red de contactos internacionales forjada al calor de las pensiones y las instituciones creadas por la Junta para Ampliación de Estudios durante sus tres décadas de existencia. Esta ventaja logística supo ser aprovechada por las elites científico-intelectuales republicanas, la mayor parte de las cuales pudo reconstruir su vida y su carrera académica en sus destinos de acogida. No fue fácil, sin embargo, hacer frente a la catástrofe vital que supuso la expatriación y a ello están dedicados el tercer y cuarto capítulo de este libro, que van y vienen entre los éxitos científico-académicos y las calamidades del grupo de naturalistas desterrados. Las abundantes frustraciones y algunas compensaciones vitales de científicos como José Cuatrecasas, Cándido Bolívar, José Royo, Enrique Rioja, Faustino Miranda, Federico Bonet, Bibiano Fernández Osorio-Tafall o Dionisio Peláez, entre otros, nos transportan al drama personal y vital de lo que es un exilio. La fractura de 1939 tuvo difícil arreglo y las circunstancias personales marcaron las cotas de mayor éxito o fracaso. Entre las elites intelectuales y científicas hubo, por otra parte, la conciencia de estar afrontando un drama común y, por lo tanto, la necesidad de ofrecer respuestas consensuadas.

Esta investigación quiere explorar ambas dimensiones, tratando de reconstruir las trayectorias vitales y profesionales de algunos de los naturalistas exiliados en México y Colombia, pero también comprender el alcance de las respuestas colectivas. A esta última dimensión están dedicados los tres últimos capítulos del libro. La emigración científico-intelectual alcanzó una dimensión notable no sólo por el prestigio de sus integrantes, sino también por el compromiso adquirido con las elites políticas republicanas, a quienes trataron de servir en sus reivindicaciones a favor de un cambio político en España. Hasta finales de los años cuarenta y comienzos de los años cincuenta no se materializó una nueva derrota republicana, la del exilio político en su afán por ganarse el respaldo internacional en su lucha contra la dictadura franquista. A partir de entonces, especialmente tras la disolución del Go-

bierno Giral, la emigración intelectual asumió el fracaso de la vía político-diplomática. Surgió entonces una cuestión mucho más trascendental para el futuro mismo del exilio como entidad histórica, la necesidad de reconstruir y fortalecer los contactos con el interior de España, ofreciendo alternativas de futuro: una cultura liberal y una tradición de modernidad científica. La biografía personal e intelectual de José Cuatrecasas es un excelente hilo conductor para adentrarnos en estos temas. Sus múltiples contactos epistolares lo convierten en un testigo privilegiado de lo que aconteció durante aquellos años decisivos y, a su vez, un cronista excepcional de la emigración republicana. Pero el libro no es una biografía al uso, Cuatrecasas es una excusa para narrar otras historias.

La emigración científica construyó una identidad del exilio en torno a valores liberales y democráticos que legitimaban las reivindicaciones políticas del republicanismo exiliado y las emparentaron con la lucha sostenida por las naciones aliadas contra el fascismo. Los principios éticos que insuflaban la constitución de la ciencia moderna se moldearon en una especie de *ethos* científicista puesto al servicio de la lucha republicana por recuperar las libertades políticas en España. Hasta comienzos de los años cincuenta los destinatarios de este discurso fueron los foros y organismos internacionales que tenían que hacer frente a la «cuestión española» tras la segunda guerra mundial. Una vez que se produjo el deslizamiento de la política internacional hacia la lógica de la Guerra Fría y el régimen de Franco encontró en la misma una tabla de salvación, el exilio científico-intelectual comprendió que no tenía sentido mantener una postura que desembocaba en un callejón sin salida. A partir de entonces cambió la estrategia que no el discurso. El destinatario ya no fueron los foros internacionales, sino los círculos científicos e intelectuales del interior de España dispuestos a romper con los insostenibles postulados del nacionalcatolicismo científico y volvían su mirada a los maestros del exilio. Esta fue una de las tesis centrales de la revista *Ciencia* y de la agrupación universitaria más importante del exilio, la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero (UPUEE). De estos foros y de la alianza con grupos de oposición universitaria en el interior nacerían alternativas científico-políticas pensadas para la transición a la democracia. Mi propósito ha sido hacer más comprensible el significado del exilio científico como categoría histórica, los instrumentos y símbolos a los que recurrió y los objetivos que persiguió.

Los errores son exclusivamente míos, pero las virtudes son resultado de la ayuda con la que ha contado en los últimos años en dos continentes. En México resultó esencial el respaldo de Clara Lida y Citlali Nares desde El Colegio de México, pero también desde el Ateneo Español de México, memoria viva del exilio, su bibliotecaria y archivera Belén. Este agradecimiento se hace extensivo a los consejos de Dolores Pla y al impagable apoyo logístico que el profesor Aimer Granados me prestó en multitud de visitas a la Ciudad de México. Aquellos dos años y medio de trabajo en México habrían sido inconcebibles sin Pablo Martínez Camblor, Jesús Rivera, Iñaki Vázquez y Antonio de Pedro, compañeros de la universidad. Durante mi etapa como profesor visitante en Puerto Rico pude consultar la documentación del Archivo Federico de Onís, la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, así como el Archivo Central de la Universidad de Puerto Rico, para todo lo cual conté con el inestimable apoyo del decanato de la Facultad de Estudios Generales, dirigido entonces por Jorge Rodríguez Beruff, a quien debo sincero agradecimiento por su confianza en mi labor, así como a los consejos de Matilde Albert y Dolores Luque. En España las deudas son, en primer lugar, con Miguel Ángel Puig-Samper por su confianza y por formar parte del Proyecto de Investigación I+D en que se inserta este trabajo, titulado *Ciencia y espectáculo de la naturaleza. Viajes científicos y Museos de Historia Natural*, con referencia HAR2013-48065-48065-C2-2-P, y del proyecto dirigido por Gutmaro Gómez Bravo, titulado *Madrid, 1936-1939: Capital, frente, retaguardia y ciudad en guerra*, con referencia HAR2014-52065-P. A Antonio González Bueno le debo unos valiosísimos consejos de última hora y un par de joyas bibliográficas.

La redacción de estas páginas fue elaborada fundamentalmente en el Instituto de Historia del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, donde disfruté de un contrato de investigador JAE-Doc. Allí debo a Paco Pelayo sugerencias para mejorar algunos aspectos de este trabajo y el poner su despacho a mi disposición para almacenar allí buena parte del material con el que se ha elaborado este libro. En el CSIC compartí muchas horas de amistad y conversaciones con Chelo Naranjo, Loles González-Ripoll, Miguel Cabañas, Rafael Huertas, Ricardo Campos, Juan Pimentel, Enric Novella, Francisco Javier Martínez, Sergio Ruiz, Antonio Pinto, Alejandro Londoño, Leida Fernández, José Ramón Marcaida, Jesús Bermejo e Irene Mañas. No sería justo olvidar la profesionalidad de los bibliotecarios y archiveros del

Museo Nacional de Ciencias Naturales, del Real Jardín Botánico de Madrid, del Archivo de la FUE y de la Fundación Pablo Iglesias. En la Universidad Complutense mi deuda intelectual es con Luis Enrique Otero Carvajal, no puedo olvidar a Idoia Murga, cuya energía sostiene algunos de los proyectos más inmediatos que traemos entre manos. En el terreno más personal, Alba Fernández Gallego y los miembros del Seminario Complutense Historia, Cultura y Memoria. Le debo todo a Mayra Falcón Rodríguez, que decidió acompañarme desde su México natal en un *exilio* voluntario y aventura vital, de la que Irene y Jimena son el fruto más hermoso. Quisiera asimismo expresar gratitud a mi familia por su permanente apoyo y comprensión, en especial a Amadeo López Montero, Josefa Sánchez Vicente y Eduardo López Sánchez.

José María López Sánchez
25 de febrero de 2015

CAPÍTULO I

LAS CIENCIAS NATURALES DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

A lo largo del primer tercio del siglo xx las ciencias naturales experimentaron en España una transformación de alcance histórico, tanto por su desarrollo científico como institucional, dos procesos paralelos que tuvieron en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas –JAE– su motor más decisivo. Hasta la creación de esta última, en 1907, el Estado había carecido de un instrumento eficaz que garantizase la puesta en marcha de una moderna política científica durante su contemporaneidad. La crisis del 98 había dado nuevos bríos a institucionistas y regeneracionistas en la denuncia de los males de la patria, que ganaron para su causa a un importante sector de la cultura española del cambio de siglo, alineada en torno a un amplio, a la vez que vago, proyecto reformista. Los acontecimientos de 1898 ayudaron a que el programa de la Institución Libre de Enseñanza –ILE– empezase a calar con moderado éxito en las esferas oficiales. Francisco Giner de los Ríos ofreció su versión del atraso científico español y apuntó a la falta de contacto con Europa como causante del mismo. La crisis política de la Restauración, que en torno al cambio de siglo perdió a sus arquitectos, Cánovas y Sagasta, se agudizó por los desafíos que le planteaban las cada vez más nutridas filas de críticos que no tenían cabida en él. Ello contribuyó al acercamiento entre institucionistas y liberales, que se aceleró a partir de 1900, con la creación del Ministerio de Instrucción Pública, en el que vieron los institucionistas el primer gran instrumento de reforma pedagógica que estaban buscando.

Los planes del primer ministro de Instrucción Pública, Antonio García Alix, para las ciencias naturales estaban basados en una propuesta elaborada por Ignacio Bolívar para la Sociedad Española de Historia Natural en 1886, y sentaron las bases para la regeneración científica perseguida. A la vez que se reorganizaban los estudios de Ciencias, se puso en marcha una tímida

política de pensiones –becas– al extranjero, con el fin de ampliar la formación de profesores y estudiantes. El paso más importante en este terreno fue la puesta en marcha del Servicio de Información Técnica y de Relaciones con el Extranjero, en enero de 1906, agregando al mismo a José Castillejo, catedrático en Sevilla, Servicio que fue definido como «el embrión» de la Junta para Ampliación de Estudios. Giner trató de aprovechar la oportunidad que ofrecía el Gobierno liberal para poner en marcha una institución que impulsase la investigación y desde la que se pudiese abordar, con ciertas garantías de éxito, la necesaria reforma de la Universidad. Fue finalmente un gabinete puente, el del marqués de la Vega Armijo, el encargado de aprobar los presupuestos de 1907 y el que dio carta de naturaleza a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. José Castillejo, encargado del Servicio de información técnica y de relaciones con el extranjero y secretario de la JAE, Gumersindo de Azcárate en el Consejo de Instrucción Pública, o Rafael Altamira, al frente hasta 1913 de la Dirección General de primera enseñanza, fueron exponentes de un nuevo pragmatismo en el contexto del sistema político de la Restauración, que desde el partido liberal favoreció la puesta en marcha de diversas iniciativas que desde tiempo atrás venían defendiendo los sectores reformistas de la intelectualidad española¹.

EL MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES DE MADRID

El Museo de Ciencias Naturales era, a la altura de 1900, una institución que estaba atravesando no pocas dificultades. En primer lugar, carecía de un local con capacidad para acoger las colecciones que todavía conservaba, repartidas entre el Museo Velasco y los bajos de la Biblioteca Nacional. Se le presumía, además, una vocación científica que estaba lejos de satisfacer, pues la penuria económica en que se movían sus presupuestos hacían que la práctica totalidad de su personal científico fueran profesores de la Universidad Central más atentos a sus deberes docentes que al desarrollo de

¹ Otero Carvajal, Luis Enrique y López Sánchez, José María: *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*. Madrid: Residencia de Estudiantes – CSIC, 2012.

trabajos de investigación en los que rara vez podían encontrar el atractivo de una recompensa ni pecuniaria ni de otra naturaleza. La situación no empezó a cambiar hasta la llegada de Ignacio Bolívar Urrutia a la Dirección del Museo, gracias al impulso que dio a un programa renovador de la estructura del Museo. Un Real Decreto firmado el 4 de agosto de 1900 establecía al frente del mismo una Junta directiva encargada de enriquecer, organizar y conservar las colecciones del Museo, favorecer las expediciones científicas, sostener el mayor número de especies vegetales y animales vivas para procurar su introducción en el cultivo o la industria, promover la fundación de estaciones de biología marítimas y terrestres, dar conferencias y cursos, fomentar las publicaciones científicas y aumentar su biblioteca. El decreto era, en definitiva, la traslación al Museo de la reforma universitaria emprendida por el ministro de Instrucción Pública Antonio García Alix².

La Junta directiva del Museo de Ciencias Naturales quedó formada por los encargados de cada una de las secciones del Museo, con un presidente y un secretario, que debían ser catedráticos de la Sección de Naturales de la Facultad de Ciencias de Madrid. El decreto establecía que, aunque vinculado a la Sección de Naturales de la Facultad de Ciencias de Madrid, el Museo era propiedad de la nación y dependía del Ministerio de Instrucción Pública. La organización científica quedó estructurada en torno a un Gabinete de Geología, otro de Zoología y el Real Jardín Botánico de Madrid, contemplándose asimismo la posible creación de un futuro Jardín Zoológico. Aparte se incorporaban al Museo la Estación de Biología marítima de Santander y todas aquellas que en lo sucesivo se pudieran crear. Los gabinetes de Geología y Zoología fueron divididos en seis secciones: Geología y Paleontología estratigráfica, Mineralogía, Malacología y animales inferiores, Entomología, Osteozoología y Antropología y Etnografía. El Jardín Botánico quedó, a su vez, estructurado en dos secciones, Herbarios y Cultivos. Cada sección debía ser dirigida, a propuesta de la Junta directiva del Museo, por un naturalista adscrito al Museo y miembro del claustro de la Universidad Central. Los jefes de sección debían cumplir además la condición de ser catedráticos de la Universidad Central. El personal científico auxiliar lo formaban los

² Baratas Díaz, Luis Alfredo y Fernández Pérez, Joaquín: «La enseñanza universitaria de las ciencias naturales durante la Restauración y su reforma en los primeros años del siglo XX», *Llull*, 15 (1992), pp. 7-34.

conservadores, los alumnos pensionados por la Facultad de Ciencias, los disecadores, los colectores y, en el Jardín Botánico, los jardineros, además de mozos de laboratorio y ayudantes de jardinería³.

La llegada de Ignacio Bolívar a la Dirección del Museo en 1901, en la que permaneció hasta la guerra civil, brindó al organismo una imprescindible estabilidad y permitió a Bolívar que sus primeras medidas estuvieran encaminadas a completar las novedades introducidas por el decreto de agosto de 1900. En abril de 1901, con el conde de Romanones en la cartera de Instrucción Pública, fue publicado el nuevo reglamento del Museo de Ciencias Naturales. En aquellos primeros años del nuevo siglo el Real Jardín Botánico de Madrid y el Museo Antropológico acabaron segregándose de la disciplina administrativa del Museo, el primero desde septiembre de 1903 y el segundo desde abril de 1910. La reestructuración administrativa del Museo fue acompañada de una jerarquización más racional de su personal con el objetivo de cubrir las necesidades de todas sus secciones. A la altura de 1910 el Museo de Ciencias Naturales era, junto al laboratorio de Cajal, el establecimiento científico más activo de los que formaban el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, creado por la JAE en mayo de ese mismo año. Tanto por la cantidad y calidad de sus actividades como por el nutrido grupo de colaboradores que participaban en ellas el Museo era el foco más activo de investigación en ciencias naturales del país. La llegada de Bolívar a la Dirección del Museo revitalizó la institucionalización de estos trabajos, sobre todo cuando logró dotarlo de un edificio que, si no respondía a todas las necesidades que el Museo tenía, acababa con la penosa división de sus colecciones en tres locales diferentes. Bolívar inició las gestiones en octubre de 1906, que se prolongaron hasta que finalmente en 1910 el conde de Romanones, nuevamente ministro de Instrucción Pública, garantizó el traslado al Palacio de Exposiciones, situado frente al Hipódromo. Dos años más tarde, en junio de 1912, el Ministerio aprobó la definitiva remodelación del Palacio de la Industria, que el Museo compartió, a partir de entonces, con la Escuela de Ingenieros.

Los nuevos aires que Bolívar tenía en mente para el Museo encontraron su manifestación más palpable no tanto en la nueva ubicación del centro, que era sin duda improrrogable, sino en la adscripción del Museo al organigrama científico de la Junta para Ampliación de Estudios. El traslado coincidió con

³ *Gaceta de Madrid*, n° 219, 7 agosto 1900, pp. 531-532.

la incorporación del Museo al Instituto Nacional de Ciencias de la JAE y su separación de la universidad. Los proyectos de Bolívar tenían no pocas implicaciones y despertaron la desconfianza de algunos miembros de la Junta directiva, entre ellos la de su secretario Manuel Antón Ferrándiz, quien se mostró contrario a la separación del Museo de Ciencias Naturales de la universidad. El 27 de mayo de 1910 el Museo de Ciencias Naturales, el Jardín Botánico y el Museo Antropológico se incorporaban finalmente a la estructura creada por el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales de la Junta para Ampliación de Estudios. Un mes más tarde la JAE aprobó el régimen de colaboración que debía regir las relaciones del Museo con la Universidad Central. El Real Decreto de mayo consolidó, en definitiva, las bases en que se inspiraba la ley de agosto de 1900, sellando la independencia con respecto a la Facultad de Ciencias de Madrid. Bolívar continuó con las reformas que había iniciado desde comienzos de siglo. Un paso más en este terreno fue confirmar en sus cargos de jefes de sección a los catedráticos que hasta entonces dirigían trabajos en el Museo, si bien la Junta Directiva podía estar compuesta, a partir de ahora, por naturalistas que ya no tenían la obligación de ser catedráticos o profesores de universidad, sino acreditados profesionales en las materias que se les encargara. Otras medidas que completaron la reorganización del Museo, tras la segregación del Jardín Botánico y del Museo Antropológico y la vinculación a la Junta para Ampliación de Estudios, fueron la propuesta que hizo Bolívar para designar a Eduardo Hernández-Pacheco como nuevo secretario de la Junta Directiva tras la salida de Manuel Antón Ferrándiz a raíz de la creación del Museo Antropológico. La creación en 1910, con el decreto que daba vida al Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, de la Estación Alpina de Biología y la fundación en 1912 de la Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas buscaban asimismo fortalecer la recién adquirida autonomía del Museo. Como punto final, la JAE elaboró en 1912 un nuevo reglamento del Museo, redactado por Bolívar y titulado *Reglas para el orden interior del Museo de Ciencias Naturales*, que establecía el régimen de actuación para colectores, disecadores, conservadores y personal subalterno, además del funcionamiento de los laboratorios y de la Estación Alpina del Guadarrama⁴.

⁴ Barreiro, Agustín J.: *El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)*. Madrid: Doce Calles, 1992, p. 320 y original en AHMNCN. Fondo Personal científico, Agustín Barreiro, Caja P-12.

Bolívar ejerció, como director, un control efectivo sobre la selección y acceso del personal científico del Museo. La salida de Apolinar Federico Gredilla y Manuel Antón Ferrándiz, directores de los independizados Jardín Botánico y Museo de Antropología, la muerte de Francisco de Paula Martínez y la salida de José María Solano, que falleció en 1912, le permitió nombrar a Eduardo Hernández-Pacheco, hombre conservador pero afín a Bolívar, jefe de las secciones que había dirigido hasta entonces otros catedráticos. En apenas dos años, entre 1910 y 1912, propició una profunda renovación de las secciones del Museo. De la etapa anterior sólo quedaban Ignacio Bolívar y Joaquín González Hidalgo. Del resto de secciones, tres quedaron bajo la dirección de Eduardo Hernández-Pacheco, hasta que Luis Lozano Rey, otro hombre de Bolívar, le relevó al frente de Osteozoología en 1912. En julio de 1911, tras el fallecimiento de Salvador Calderón, Bolívar encargó también a Eduardo Hernández-Pacheco que se ocupara de la instalación de las colecciones de la Sección de Mineralogía. Bolívar, además de controlar los nombramientos de las jefaturas de las secciones, también lo hizo con los nuevos puestos de conservadores, colectores y disecadores del Museo. Estos se decidían por oposición, pero todos los tribunales estaban presididos por el director del Museo. A partir de 1910 los tribunales tuvieron siempre una mayoría de vocales sensibles a los deseos de Bolívar.

La vocación científica del Museo Nacional de Ciencias Naturales fue impulsada con determinación por Ignacio Bolívar. Varias fueron las medidas tomadas por el director en este sentido. Bolívar incorporó a la colección del Museo el *Diplodocus* que se conservaba en el Museo Carnegie, Estados Unidos, y que el propio benefactor Carnegie había obsequiado a Alfonso XIII. Las colecciones del Museo se enriquecieron de forma paulatina con la llegada de ejemplares procedentes de toda la geografía peninsular. Pero tanto o más importante que este crecimiento de material fue el hecho de que a partir de enero de 1915 se elevó la oferta de cursos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Centrados prioritariamente en el fomento de la investigación científica, aquellos cursos fueron agrupados en tres grandes bloques temáticos: Geología, Botánica y Zoología. Estos bloques constituyeron dos secciones dentro del Instituto Nacional de Ciencias: la de Botánica y Zoología, dirigida por Ignacio Bolívar, y la de Geología y Mineralogía, dirigida por Eduardo Hernández-Pacheco. Desde 1918 se agregaron los cursos de Paleontología y Prehistoria. En julio de 1920 el Museo Nacional

de Ciencias Naturales culminó una considerable reorganización de su aparato administrativo, con la apertura de dos nuevas secciones que se habían incorporado el año anterior –Microbiología e Hidrobiología, a cargo de José Madrid Moreno y Celso Arévalo Carretero respectivamente–, con la aparición del cargo de vicedirector del Museo y con la desaparición del puesto de colector, transformado a partir de entonces en preparador del Museo. La estructura científica del Museo quedó organizada en una escala jerarquizada que comenzaba en el jefe de sección y continuaba con los conservadores y preparadores de cada sección, a los que se añadía el departamento de taxidermistas-disecadores, a cargo de los hermanos Benedito Vives. Ignacio Bolívar acumuló en 1921 la dirección del Jardín Botánico y nombró vicedirectores a dos estrechos colaboradores, José Madrid Moreno en el Museo y Antonio García Varela en el Jardín Botánico. La remodelación administrativa y científica del Museo en esta década cobró una gran importancia, sobre todo, por los relevos operados al frente de las jefaturas de sección. La incorporación de Lucas Fernández Navarro, Enrique Rioja Lo-Bianco, Antonio de Zulueta, José Royo Gómez, Ángel Cabrera Latorre y María de las Mercedes Cebrián a puestos de responsabilidad, todos ellos afines a la política científica de Bolívar, facilitó los planes de regeneración que tenía la Dirección del Museo. La década de los años veinte supuso, en definitiva, la consagración del Museo Nacional de Ciencias como la institución clave de la investigación sobre ciencias naturales en España.

En vísperas de la llegada de la Segunda República Ignacio Bolívar pudo dar una serie de pasos significativos en la consolidación de su política científica en la gestión del Museo y las ciencias naturales en Madrid. En 1929 falleció Manuel Antón Ferrándiz, la Junta para Ampliación de Estudios nombró nuevo director del Museo Antropológico a Francisco de las Barras de Aragón, hombre cercano a Bolívar. El momento parecía propicio para facilitar la reagrupación de tres entidades con objetivos análogos. El 19 de febrero de 1930 fue nombrada una comisión encargada de revisar la situación del Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Museo de Antropología y el Jardín Botánico. El resultado fue la Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública, de 25 de septiembre de 1930, que estableció el *Reglamento de los Museos, Nacional de Ciencias Naturales, Antropológico y Jardín Botánico*, que reagrupó la gestión de los tres centros, manteniendo su independencia administrativa, por medio de un Comité de Patronato dependiente de la

JAE. Por su composición, este Comité de Patronato tenía una representación de naturalistas pertenecientes a mundos ideológicos y políticos muy amplios. No obstante, la antigua Junta directiva del Museo, a partir de ahora llamada Junta de Profesores de los Museos de Historia Natural, mantenía una gran influencia, y a través de ella Ignacio Bolívar, su presidente. La Junta de Profesores mediatizó el funcionamiento del Comité de Patronato en la medida en que ella trataba antes que este último la mayoría de las cuestiones y sus decisiones fueron vinculantes. La Junta para Ampliación de Estudios también se reservó importantes competencias en la designación de los directores y jefes de sección o laboratorios. Aunque correspondía al Comité hacer la propuesta, ésta tenía que ser presentada a la JAE y no podía contradecir el decreto de creación del Instituto Nacional de Ciencias. El resto del personal científico y técnico era nombrado por el Comité de Patronato, la cantidad y el tipo de puestos que se creasen dependía de las posibilidades presupuestarias de la JAE.

El reglamento de 1930 rehizo, en cierta medida, la estructura de las secciones de las tres instituciones. Una de las decisiones más importantes fue la creación del cargo de secretario de la Junta de Profesores del Museo, a su vez secretario del Comité de Patronato, para el que fue nombrado Cándido Bolívar. A lo largo de los años treinta, Ignacio Bolívar introdujo dos nuevas secciones: la de Paleontología, en noviembre de 1930, bajo la dirección de José Royo, y la de Geografía Física, en febrero de 1931, con Francisco Hernández Pacheco para dirigirla. Por otra parte, Gabriel Martín Cardoso fue nombrado jefe de la Sección de Mineralogía tras el fallecimiento en 1930 de Lucas Fernández Navarro. Aparte de los cambios introducidos en las jefaturas de las secciones, la organización del Museo se completaba con un personal técnico especializado: los profesores de cursos prácticos, los conservadores, los preparadores y colectores, los taxidermistas, los auxiliares bibliófilos y los dibujantes o auxiliares artísticos⁵. Fuera del personal técnico de los museos se encontraban los naturalistas agregados y correspondientes, si bien el cargo de naturalista agregado terminó por desaparecer en enero de 1931 para convertirse en conservador. Por último, existía la figura de los

⁵ Ministerio de Instrucción Pública: *Reglamento de los Museos, Nacional de Ciencias Naturales, Antropológico y Jardín Botánico*. Madrid: Est. Tip. Huelves y Compañía, 1930, pp. 13-20. AHM-NCN. Fondo Museo, Serie Administración, Caja 071, Expediente Reglamento del Museo 25/9/1930.

protectores y profesores honorarios del Museo Nacional de Ciencias Naturales, creada en 1926. La vida científica del Museo de Ciencias Naturales registró, por otra parte, durante la Segunda República un notable impulso. Los laboratorios de zoología, botánica y geología invitaron a numerosos investigadores a colaborar en las instalaciones que el Museo sostenía en Madrid sin tener que abandonar su residencia y sus ocupaciones. Los primeros colaboradores en adscribirse a este programa fueron Carlos Rodríguez López-Neyra, catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Granada; Gonzalo Ceballos Fernández de Córdoba, ingeniero de montes del Catastro de la provincia de Cádiz; Salustio Alvarado, catedrático del Instituto de Tarragona; Joaquín Gómez de Llarena, catedrático del Instituto de Gijón, y Luis Ceballos Fernández de Córdoba, ingeniero de Montes en Ávila. Posteriormente, la JAE integró nuevos colaboradores: Faustino Miranda se hizo cargo de la Dirección de la Estación Biológica de Marín; Bibiano Fernández Osorio Tafall en Pontevedra; Francisco Ferrer Hernández en Barcelona; Fernando Galán fue nombrado ayudante de Zulueta en Madrid, al obtener la excedencia de su cátedra de la Facultad de Medicina de Cádiz, y Luis Iglesias desde la Universidad de Santiago. El Museo creó asimismo en los años treinta nuevos laboratorios y relanzó el programa de exploraciones del Protectorado español en Marruecos, en colaboración con la Comisión del Noroeste de África de la Sociedad Española de Historia Natural⁶.

CIENCIA, FE Y RES PÚBLICA

La sociología académica de las ciencias naturales durante el primer tercio del siglo xx en España muestra un entramado que gira fundamentalmente en torno a dos escenarios geográficos, Madrid y Barcelona⁷. El hecho de que la Universidad Central, la Sociedad Española de Historia Natural, el Museo Nacional de Ciencias Naturales y el Real Jardín Botánico tuvieran su

⁶ Más detalles de las actividades del Museo y de la gestión de Bolívar en Otero Carvajal, Luis Enrique y López Sánchez, José María: *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*. Madrid: Residencia de Estudiantes – CSIC, 2012, pp. 537-665.

⁷ Más detalles en López Sánchez, José María: «Sapientia et doctrina. Ciencias naturales y poder académico en la Edad de Plata de la ciencia española», *ARBOR*, 187/752 (2011), pp. 1209-1220.



Este libro, querido lector, busca acercarte a las intrincadas relaciones que existieron entre ciencia y política durante el exilio republicano español de 1939. Lo hace a través de la vida y obra de José Cuatrecasas, uno de los mejores botánicos de nuestra historia que perteneció a esa generación de jóvenes estudiosos que contribuyeron de manera decisiva a elevar el nivel de la investigación científica en la España anterior a la guerra civil. No se ha elaborado una biografía al uso, centrada única y exclusivamente en el protagonista de la misma, también se atiende al proceso histórico en el que está inserto y en el que Cuatrecasas es un testigo privilegiado de ese «corto y trágico siglo XX». Su compromiso científico y político con la modernización del país lo situó entre aquellos cuadros alentados por un impulso renovador de la cultura española del primer tercio de la centuria, hasta que la guerra civil dio al traste con todo. La posguerra, esa tétrica morada para quienes se quedaron, y el exilio, ese austero paraje vital para quienes se fueron, pueden ser leídos a través de Cuatrecasas en sus muy diversas manifestaciones, en lo que a ciencia y política se refiere: desde la defensa de la legitimidad republicana al ahogamiento de la “cuestión española” en aquel océano que fue la Guerra Fría y finalmente la defensa de un ethos con el que salvar al exilio de su condena al olvido y al interior de su mediocridad.

